

Vigésimo Domingo. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Jn 6,51-58

Todos hemos hecho ya alguna vez la misma experiencia: por poco que deseamos de la vida, parece que recibimos menos de lo que habíamos esperado; no son frecuentes los momentos de plena satisfacción y siempre nos resultan demasiado pasajeros. La vida, a medida que la vivimos, suele ir dejándonos desatendidas nuestras mejores expectativas; y es que cuanto más vivimos, mejor quisiéramos vivir. Es verdad que solemos comprarnos cuanto se nos antoja y saciarnos de lo que nos guste; pero ello ni nos hace más felices hoy ni nos asegura la sobrevivencia mañana: más que pan, necesitamos de personas que nos sean buenas como el pan, que estén a nuestro alcance y a disposición siempre que las necesitamos, que nos procuren aquello que no podemos comprarnos o que jamás lograremos proporcionarnos: la satisfacción de nuestros deseos más íntimos de ser tenidos en cuenta y tomados en consideración así como somos. Y curiosamente es ahora, cuando tenemos pan de sobra, que más sufrimos hambre de ternura y comprensión. Nada nos hace más falta, nada mejor convertiría nuestra vida en una experiencia feliz, que el sentirse amados de verdad. Jesús Eucaristía se nos ofrece como la solución.

En aquel tiempo, ⁵¹ dijo Jesús a la gente:

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.»

⁵²Disputaban los judíos entre sí:

«¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»

⁵³Entonces Jesús les dijo:

«Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. ⁵⁴El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

⁵⁵Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

⁵⁶El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. ⁵⁷El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí. ⁵⁸Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El diálogo pertenece a un conjunto más amplio (Jn 6,1-58), de gran importancia en el cuarto evangelio. Tras presentar la multiplicación de los panes (Jn 6,1-15) como signo, Jesús se pone a explicar su alcance en el discurso que sigue (Jn 6,26-58). Pero lo que dice, en lugar de aclarar, confunde; suscita dificultades que necesitarán ulterior aclaración (Jn 6,52). Y emerge, así, un nuevo – inaudito – dato en el diálogo de revelación: de creer en él hay que pasar a alimentarse de él, el *pan* es su *carne* (Jn 6,51c). El modo de adherirse a Cristo es ahora tan concreto como insólito: creer es comer, la fe es alimento.

El maná del desierto que no salvó de la muerte y el pan del cielo que salva a quien lo come (Jn 6,49-50) introducen el motivo nuevo: el pan de vida es *pan para comer* (Jn 6,51), más aún, ese pan es carne de Jesús (Jn 6,52), carne que dará por la vida del mundo (Jn 6,51). Jesús prefiere hablar aquí de carne, no de alma, que es lo que hace cuando habla del don de su persona (cfr. Jn 10,11.15.17; 13,37-38; 15,13). Y es que, en Juan, *carne* es la forma de presencia del Logos en el mundo (Jn 1,14): la encarnación tiene, pues, un objetivo ahora desvelado, la redención por la muerte; la manifestación de Dios, una tarea: dar la propia existencia para que el mundo viva. Jesús dará a conocer a Dios cuando dé la vida por el mundo.

Lógicamente la incompreensión se vuelve protesta y escándalo. Y el motivo está en la posibilidad misma de lo afirmado por Jesús. Los judíos van percibiendo el sentido final de sus palabras; prueba de ello es su creciente dificultad en aceptarlo: ¿cómo puede éste darnos a comer su carne?, se preguntan (Jn 6,52).

La objeción sirve al narrador para centrar mejor la revelación de Jesús, que abre solemnemente. Pero, como es habitual, Jesús no resuelve ni aclara la cuestión; reitera su afirmación y la expande, llevando el escándalo al paroxismo: comer y beber tienen como función mantenerse en vida; es obvio, pero aquí la dificultad la pone el alimento que hay que comer y beber para tener vida: la carne y beber la sangre del hijo del hombre. esa es la forma concreta de acoger al Jesús que se da. Cumple la función de dar vida porque sacia el hambre y sed de vida de forma auténtica: es verdadera comida y verdadera bebida (Jn 6,55). Y sacia en cuanto ser humano, frágil y mortal; carne y sangre alude, precisamente, a la humanidad de Jesús.

Beber sangre es el nuevo elemento particularmente abominable para judíos; la sangre es vida de la que sólo puede disponer Dios. El realismo de la formulación impide la espiritualización del sentido; el uso repetido del verbo *masticar*

(Jn 6,54.56.58) pudiera aludir al rito eucarístico, en el que se mastica a Cristo, cordero pascual; sólo él, su carne y su sangre, dan vida porque extinguen el hambre y la sed del hombre.

La vida que el cuerpo comido de Jesús proporciona no es transitoria, como fue el caso de los israelitas en el desierto (Jn 6,58). Quien come, permanece en Jesús, en su vida (Jn 6,56). En lugar de asimilarlo como alimento, quien lo come logra permanecer en él, el alimentado en el alimento. La relación es de inmanencia, no de contigüidad. Es la definición de la vida eterna, presente en quien cree en Cristo y lo come.

Más aún, la relación mutua que se establece entre el creyente que come y Cristo, comida auténtica (Jn 6,55), está pensada a semejanza (Jn 6,57, en positivo; 6,58, en negativo) de la relación vital que media entre el Padre y su Enviado, entre los que no hay identificación ni fusión, sino permanencia por comunión de vida. La permanencia recíproca entre el Padre y el Hijo es el modelo, y la posibilidad misma, de la relación entre el Hijo y el creyente. La vida es el nexo que une a los tres: el Padre, fuente de vida, su Apóstol viviente, y el creyente que, alimentado de él, vivirá.

No se exige, pues, una simple adhesión espiritual: la fe que se pide al creyente no es asentimiento mental ni inclinación sentimental. Es unión íntima, asunción corporal, asociación por apropiación, adhesión permanente. El cristiano no es un mero creyente, es un comensal de Cristo. El Israel, que alimentado de pan del cielo murió, no es la comunidad de comensales de Cristo.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Tras la multiplicación de los panes, Jesús ha ido conduciendo a sus oyentes a la aceptación de su persona. Quien les dio pan hasta la hartura, es el Pan que asegura la vida; quien les salvó del hambre un día les salvará de la muerte para siempre. La dificultad que encuentran los judíos para *comerlo* es subrayada por Jesús: sin comerlo ni beberlo no hay vida que supere la muerte. Mayor realismo apenas podría imaginarse: la asimilación de Jesús, condición de salvación, supera lo ideológico y sentimental. No basta con asumir sus ideas y apropiarse de sus sentimientos; se trata de habitar en él, de vivir por él, y dejar que su persona, su carne y su sangre, dé consistencia personal a nuestras vidas. Ni más ni menos: sólo se escandaliza quien no le entiende. El milagro no es hartarse de pan perecedero, que saciando la necesidad momentáneamente la alimenta y prolonga; el auténtico prodigio está en tener a Cristo como alimento y bebida: dejará alguna necesidad sin colmar, pero es viático hoy y permanente banquete mañana.

Pues bien, si no tuviéramos pan para esa nuestra necesidad, Jesús se nos ofrece en el evangelio como alimento de vida. Con él sí que podemos contar. Con todo, aceptar que Cristo sea sostén de nuestra vida no resulta tan fácil: tendremos antes que sentir la misma extrañeza y el escándalo que sufrieron los judíos aquel día, cuando oyeron decir a Jesús que él era su pan y su vida. Y es que apenas nos podemos creer que un hombre, por divino que se nos presente, acabe con nuestra necesidad y logre el apaciguamiento de nuestros más íntimos deseos; no nos podemos creer que él pueda calmar nuestras hambres y colmar nuestras carencias; tan grandes se nos están volviendo nuestros deseos, tan inalcanzables nuestras pretensiones, que no logramos convencernos que exista alguien capaz de responder de ellas plenamente. Y sin embargo, Dios, que ha hecho cuasi infinitos nuestros anhelos, que nos ha creado insatisfechos con lo que somos y con cuanto alcanzamos, se ha comprometido en no dejarlos insatisfechos para siempre: Jesús es el pan para nuestra hambre de vida. El mismo se ha comprometido a serlo desde el día el que lo proclamó ante la muchedumbre que lo buscaba.

Como bien comprendieron sus oyentes, lo inaceptable no está en que Jesús se presente como pan de vida y vida del mundo: siempre han surgido hombres en la historia que se proponían como la solución definitiva para los males y carencias de los demás. No está aquí, pues, el problema: es el modo que tiene Jesús de calmar el hambre lo que resulta inaudito e increíble. Jesús no se propone como ideal de vida que seguir sino como pan de vida que comer; sin alimentarse de su carne ni beber de su sangre no hay vida posible; se compromete a vivificar a quien se atreva a asimilarlo corporalmente; a quien quiera vivir para siempre y sin defecto, Jesús se le ofrece como sustento diario; produce la vida que promete si es comido y bebido.

Es más que lógico que también a nosotros, y no sólo a los judíos de entonces, nos repugne la proposición: bien está que se nos presente como respuesta a nuestras preguntas más insolubles o como auxilio más poderoso para resolver nuestros problemas. Sería aceptable que se ofreciera como el modelo a seguir o el maestro del que aprender, pero que quiera ser carne que apague nuestras hambres y bebida para nuestra sed de vida sigue siendo demasiado.

Y sin embargo, haríamos bien creyéndole, antes que seguir alimentando en vano nuestra vida con nuevos deseos y antes de que, por beber de cualquier fuente que encontremos, termine con nosotros la sed de vida que llevamos. Sería de necios saber cómo satisfacernos y seguir en búsqueda de pequeñas satisfacciones que no hacen más que agrandar nuestra hambre y nuestro dolor. Podríamos, al menos, probar si Jesús puede en verdad calmar nuestra ansia de vida y nuestra necesidad: nada perderíamos intentándolo, dado que, bien lo sabemos, no controlamos nuestros deseos de vida y la vida que ya poseemos se nos está yendo de entre las manos; probemos con Jesús, pan de vida, y no quedaremos defraudados.

Pero antes de reparar en la dificultad de alimentarnos de Jesús, con su cuerpo y con su sangre, tendríamos que ver de qué, en realidad, sentimos falta en la vida, cuál es la causa de nuestras insatisfacciones más profundas; porque podríamos estar alimentando nuestra hambre sólo a base de desearnos lo que nadie, ni Cristo mismo, nos piensa dar; si no hay pan para nuestra hambre, nos condenamos a la muerte por inanición echando en falta lo que no podemos proporcionarnos nosotros ni se ha comprometido a darnos Dios. Jesús defraudó a los judíos que lo buscaban, porque querían de él sólo pan

y no pensaban en que se iba a ofrecer a sí mismo como pan de vida: no era de él de lo que sentían hambre y no lo aceptaron como el pan de sus vidas.

Jesús puede también defraudar nuestras hambres, porque no se alimentan de su ausencia en nuestra vida; creyendo que lo más nos falta en la vida son tantas otras cosas, o alguna que otra persona, hacemos de Cristo un bien percedero, un pan inútil; sólo para quien tiene hambre de Dios, Jesús puede ser alimento y sostén, viático para el camino y seguro de vida eterna. Veamos, pues, cuáles son las hambres que alimentamos, con qué tipo de expectativas vivimos; porque sólo tienen satisfacción las que tienen a Dios por motivo; de poco nos ayuda que busquemos en Dios lo que no está dispuesto a darnos; de nada nos sirven nuestras carencias, si no son las que Dios quiere colmar.

Y si descubrimos que entre lo mucho que nos falta, también nos falta Dios, no desesperemos: es para este hambre para la que Jesús se nos ha hecho pan. Alimentándonos de él, nos saciaremos de Dios. Privándonos de la eucaristía no paliamos nuestra necesidad, la agrandamos; la sola participación eucarística, lo sabemos bien, no colma nuestra necesidad; la comunión frecuente, por sí sola, no remedia nuestra necesidad, pero la aminora, la calma, la hace más soportable y, sobre todo, la convierte en percedera; Jesús no se ha comprometido a hacernos esta vida más llevadera sino a proporcionarnos otra, la eterna; podemos soportar, pues, nuestras carencias aquí porque estamos seguros de que habrá para nosotros, los que comemos el cuerpo de Cristo, una vida sin límites y sin necesidades, para siempre. Sobreviviremos a nuestras hambres, si no dejamos de alimentarnos con el pan que Dios ideó para ellas: el cuerpo y la sangre de su Hijo.

Hacemos mal evitando participar de la eucaristía o, mucho peor, asistiendo sin atrevernos a acercarnos a la mesa; ¿qué diríamos de quien va a un banquete pero no prueba bocado?; ¿no es insólito tener hambre y no servirse? Es lo que pasa a una mayoría de cristianos de misa dominical: siguen alimentando su hambre de Dios, siguen ahondando sus deseos de vida, mientras menosprecian, por no quererlo, el pan de Dios, Cristo eucaristía. No tiene derecho a quejarse de Dios, ni puede ser feliz, el cristiano que, pudiendo, no ahoga su sed ni calma su hambre con Cristo, pan de vida y bebida de salvación. Ni podrá estar seguro de ser resucitado tras su muerte, si durante la vida no se alimentó de Cristo. Es una lástima que necesitándolo tanto, no lo convirtamos en pan de vida hoy y causa de resurrección. Es lo que quiere ser para todos nosotros.